

Estilo griego

Rogelio Hernández Pérez*

Teniendo antecedentes arquitectónicos tan claros e importantes sobre lo que se hizo hace muchos siglos, como por ejemplo el estilo griego, ¿por qué los arquitectos, en especial los jóvenes, no tienen claros conceptos como proporción, volumen, armonía, luz, sombra y creación espiritual?

Los arquitectos más reconocidos de México como Luis Barragán, Teodoro González de León, Ricardo Legorreta, Agustín Hernández, Pedro Ramírez Vázquez, etcétera, no han olvidado que la gran arquitectura se encuentra en los orígenes de la humanidad y que está en función de los instintos y sensaciones de los humanos. El Partenón, la construcción arquitectónica más representativa del estilo griego, muestra gran sentimiento en el sistema plástico, el cual actúa directa y potentemente sobre nuestros sentidos: columnas, acanaladuras, entablamento complejo y pleno de intenciones, gradas que contrastan y se unen con el horizonte; aplicación de sabias deformaciones que permitieron engañar al ojo humano. Este sistema plástico es tan puro, que da la sensación de ser natural, sin embargo es una obra total del hombre que brinda una profunda armonía. Las formas están tan separadas de los aspectos de la naturaleza (qué superioridad sobre el egipcio o el gótico), estudiadas con razones de luz y materias, que parecen unidas al cielo, y al suelo de forma natural. La proporción del Partenón es infalible, implacable, su rigor supera las costumbres y las posibilidades nor-

males del hombre; "la arquitectura es el juego sabio, correcto y magnífico de los volúmenes bajo la luz".¹ La proporción desecha al hombre práctico, audaz, ingenioso; apela al plástico. En Grecia el Partenón ha marcado la cúspide de esta pura creación del espíritu: la proporción.

Construcciones arquitectónicas del pasado como el Partenón no deben archivararse como si fueran fichas para sacarlas y aplicarlas. La mejor forma de asimilar experiencias no consiste en sólo codificarlas para orientar un concepto, lo mejor es que cada experiencia se viva intensa y profundamente, que deje huella interna, para que en el momento de la composición o creación, aflore una solución que se vivió o se estudió en otro momento.

Es importante analizar por qué nos gusta o disgusta una obra, por qué la admiramos o por qué no nos llama la atención, qué le falta. Si este ejercicio de reflexión se hace en el momento mismo en que se tiene la impresión, no hay mejor computadora que la que nos dio la naturaleza, nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad.

¹ Le Corbusier. *Hacia una Arquitectura* (1923).

*Alumno de la ESIA Tecamachalco.